

VIRTUD DE LAS MONTAÑAS EUSKARAS.



La llegada de S. M. el rey D. Alfonso XII al balneario de Betélu, ha puesto de relieve un hecho, que no porque sea conocido de las personas observadoras, ha de dejarse en silencio, y es: que las montañas y las costas del país basco-nabarro son el reconfortante de la España entera, el gran depósito de la salud física, al cual acuden todos los que por cualquier motivo se hallan en el caso de vigorizarla ó reanimarla.

Dios sabe repartir los dones naturales con mano paternal, y tan larga, cuanto es sabia su Providencia divina; los países meridionales, como un joyero abierto, ostentan á la pública mirada un espléndido y purísimo cielo, una tierra fértil y generosa que rinde, al ménos duro y constante de los trabajos, los frutos más valiosos y apetecidos. Aquí, en este rincon del Norte, las bravas rocas y los fuertes robles únicamente parecen poder brindar con frescura en el estío; pero ahondad un poco, romped la peña dura y hallareis las entrañas de los montes rellenas de variados é incavables yacimientos de mineral, que al atravesar de las aguas subterráneas, las enriquecen con mil y mil virtudes curativas, para que luego cuando broten en manantiales, proclamen los tesoros que esta nobilísima tierra euskara guarda en los senos recónditos de su corazón.

Y tampoco quiso Dios que ese suelo sustentase á gente indigna de poseerlo; y colocó sobre él á las tribus euskaras, raza creyente, varonil y austera, á fin de que una armonía maravillosa se estableciese entre la tierra y el hombre. Durante siglos y siglos, á la sombra de árboles que, como dijo el gran Tirso de Molina no los deshojaron tiranos, gobernados por sabias Córtes y por patriarcales Juntas generales, sin que señal alguna de servidumbre los manchara, vivieron

bascos y nabarros, libres, honrados, felices, guardando con sus héroes las gargantas del Pirineo, haciendo siempre centinela á España, tomando parte en todas las epopeyas nacionales, y siendo jamás empañado espejo de leales y de caballeros.

Las fuentes minerales corren por el fondo de nuestros valles, por las lóbregas encanadas pirenaicas, reflejando en su cristal el verdor sombrío de los hayedos, y el grisáceo tinte de las rocas y de las nubes; los flancos de las montañas, como el pecho de amorosísima madre, manan los licores salutíferos, sirviendo su murmurante quejido de acompañamiento al poeta que llora la muerte de las libertades euskaras.

Y esas bendecidas fuentes corren, sin duda, porque la mano del hombre no alcanza á tocar el corazón del Pirineo y arrancarlo; corren, porque la Naturaleza impide que ningún Eróstrato, que ningún Cánovas, pueda lanzar sobre las montañas basco-nabarras ejércitos de Ciclopes ó Lemures que los taladren y descuajen, aventando por los cuatro puntos del horizonte, cual si fuesen pestífera semilla, los metales que dan la vida.

Todo lo que ha podido arrasar la garra cruel y rapaz de la política, está por tierra; libertad, derecho, justicia. La libertad moderna, engendrada en los cuarteles sublevados, destruyó la libertad inmemorial y cristiana; la unidad política, enmascarada con el nombre de *unidad nacional*, suprimió el *self-gouvernement* euskaro, que propios y extraños celebraron; aquellos laureles tintos en la sangre de Padilla y de Lanuza, con que se coronaron los déspotas austriacos, reverdecieron en nuestros libres días; las famosas *bayonetas de Somorrostro* renovaron la inícuca hazaña de esas otras innumerables bayonetas, hoy fundidas en el infierno de la historia, que se han clavado en el libro de los derechos de un pueblo y los han rasgado; la fuerza se sobrepuso á la razón y el imperio de la Paz se trocó en el imperio de la violencia del desafuero ¡Oh, no lo olvidaremos jamás!

Y sin embargo, este hidalgo solar oculta en el fondo de su alma, más ricos tesoros que las mismas entrañas de sus montes. Y así como vienen á pedirles á estos, la salud y el vigor del cuerpo, desde S. M. D. Alfonso XII, hasta el humilde artesano, pudieran también las instituciones fundamentales de la nación encontrar en los pechos basco-nabarros esos inmarcesibles sentimientos que son la roca firmísima sobre la que se asientan los tronos que no se hundan

y las dinastías que no se mudan. Un movimiento de justicia, un rasgo magnánimo que rectificase un inconcebible error, sería como esas radiantes apariciones del sol que funden los hielos y las nieves. No habría rencores, ni indiferencia; sería una explosion de agradecimiento, de ese agradecimiento diamantino propio de los héroe y de los bien nacidos. No asistiríamos á este profundo divorcio de las almas, visible hoy, que no producirá, ciertamente, rebeliones, pero que contempla impasible, acaso con secreta alegría, los continuos vaivenes de los partidos legales, cuyo monarquismo oscila perpétuamente entre el poder y la revolucion. Y lo que ahora vive como un paréntesis en los trastornos, como un punto de descanso, nada más, hallaría lo que ya no se encuentra en nuestras perturbadas sociedades modernas, adhesion sincera, incorruptible y constante á los principios y á la autoridad real.

De esta suerte se elevaría el acatamiento meramente externo, formalista, á las leyes, que se cumplen y respetan pero sin amarlas, al rango sublime de la abnegacion.

D.^a Isabel II al pisar el extranjero suelo, dijo á los Diputados bascongados que hasta allí la acompañaron: —«Aquí quedan los caballeros.»—No se puede pedir mejor elogio; ni de lábios más augustos, ni de señora más desgraciada.

¡Cuando la enfermedad se ceba en el cuerpo, ó la revolucion se enseñoorea de las calles, cuántos se han acordado y se han de acordar de la virtud curativa de las montañas euskaras!

(Del *Lau-Buru*).

